

El lienzo del agua

Antonio Márquez



Image not found.

Capítulo 1

Bajando las escaleras de mi apartamento, posé la mano en la barandilla. Llevaba incrustada ahí desde antes de mudarme. Los desconchones de la pared donde se sostenía y el fino manto de polvo que la arropaba presagiaban más de lo mismo, otra jornada gris: los buenos y artificiales días del panadero de la esquina, el vaivén irritante de los coches, el humo embotador, aceras abarrotadas, el agua chorreante del balcón del quinto y la gitana. Esa gitana del romero que de importunar hace vida. A veces merodea sola. Otras, es acompañada por su hueste, que te intimidan, y al final compras para que se callen, te dejen en paz y evitar males mayores. Supongo que ese es su negocio: hostigar al personal y cobrar por su silencio. Quién diablos quiere pagar una moneda por unas hojas de romero que puedes coger del parque donde mean los animales. Es repugnante. Como las frentes de los transeúntes. Todas impregnadas de un sudor torrencial bajo el sol de agosto. Por no hablar de la peste que deslizan tras sus pasos. A veces, siento como si fuera capaz de ver las delgadas líneas del hedor tras ellos, como una estela opaca que se desprende de sus ropas.

En fin, nada parecía indicar que ese día sería diferente. El mismo paseo de mierda, el mismo aire nauseabundo y la misma gente, que no se diferenciaban de lo ya citado: todos cortados por el mismo patrón de aparentar y no ser. De falsedad de puertas para afuera y complejos de puertas para adentro. Otro día en la oficina. Excepto por un dato. No habría oficina esa mañana. Fui despedido el día anterior. Lo hizo el jefe. Un gordo malcarado, alérgico a la higiene y su creación. Enmascaraba sin éxito el olor a sobaco tras dos capas de desodorante y una de colonia: cóctel de los infiernos. El desgraciado acostumbraba a pasar por mi escritorio los lunes a primera hora. Me estampaba dos tortas en la coronilla. "Espabila", decía. Todos en la oficina reían apuntándome con el dedo. Yo enmudecía y miraba fijamente al escritorio, humillado. Nunca vi apropiado entrar al trapo, tenía mis principios. Al fin y al cabo llevaba tres meses acostándome con su mujer. Cada miércoles, todos los de la oficina, deslizaban sus culos al McLaren's y yo escabullía el mío a casa del jefe. La impetuosa Cecile. Dejaba la puerta entreabierta. Era nuestro pequeño código. Si la puerta no estaba así, significaba que tenía visita. No habría cortinas que correr esa noche. Dos extraviados emocionales. Una mujer fuerte, contundente y segura de sí misma. Una de las cosas en las que no titubeaba era en poder vivir tranquila compartiendo sábanas con dos hombres. Ignoro qué ocurrió en ese matrimonio. Cecile apenas contaba nada y, siendo honestos, tampoco me interesaba. Creo que seguía con él por comodidad. Caminaba por su vida sin miramientos ni cuentas. Regentaba una cafetería y ganaba bien. Hacía tiempo que ese matrimonio pasó a ser cuestión de simples papeles en un registro. Esa mujer tenía un fuego capaz de mandar a arder a medio vecindario. Era mi servicio a la comunidad. Solía tumbarme en la cama con ella sobre mi cintura. Le

gustaba hacerlo de espaldas, entrelazando mis manos con las suyas mientras arqueaba su blanquecina espalda. No quería mirarme a la cara. Es más, no quería que yo hiciera nada. Dominaba. Entre jadeos y acometidas no podía evitar mirar a la mesita de noche. Ahí estaba él, acechando, enmarcado en una playa, sonriendo con Cecile. Parecían felices, no hay duda. Todos sonreíamos ahí. Él por sus días de juventud y yo al recordar cada maldito lunes, ahora satisfecho: "Espabila". Pobre desgraciado. En este mundo nunca espabila el que tiene que hacerlo.

Cuando terminábamos, Cecile no me daba tiempo ni para una chupada de pitillo. "Hasta mañana". Era lo que era, nada más. Si ya es triste pensar que lo único que te mantiene sujeto al mundo es un deprimente trabajo de pasante, que te cisque la mujer de tu jefe no mejora el asunto. Me sentía tan sucio en ocasiones, que me espolvoreaba el pecho como si tuviese migas de pan y rascaba mis brazos y cuello hasta que la piel me sangraba. No he conocido peor sensación que la de sentir asco por mi propio cuerpo.

Como decía, el jefe me había despedido. Al salir de la oficina solo quería gritar de rabia, pero me detuve y pensé que quizás el destino, el karma, Jesucristo, Dios, Mahoma, Buda o la madre que los parió me estaban dando pistas sobre sus designios. No había mujer a la que amar, ni hijo que proteger. Ya ni siquiera un trabajo que aborrecer. Era un cascarón vacío y Cecile no hacía sino acentuar mis conjeturas de ser un simple objeto inanimado. Nadie jamás diría que fui un padre comprometido, o un marido ejemplar. O simplemente, que fui el marido de alguien. No había nada. Supongo que el antro donde sobrevivía tampoco ayudaba. Nunca entendí el porqué de esa palabra. Sobrevivir. Esto solo debería ocurrir cuando se vence al curso natural de la vida. Cuando recibes un trasplante superas a la muerte, es decir, sobrevives ¿no? Yo no superaba nada. Mi miserable vida me concedía lo justo para no morir y lo necesario para evitar atisbos de simples sonrisas. Un sueldo para paliar el hambre, la sed y pagar un piso de treinta metros cuadrados. No, yo infravivía. Así debería describirse a quien se mantiene en una línea constante, sin picos muy altos ni muy bajos, por el sumergido umbral de la miseria, no económica, quizás, pero si emocional. El mundo no está hecho para cascarones vacíos.

Regresé a casa tras ser despedido y me senté en el borde de la cama. Miré el cuadro colgado en la pared; vetusto inquilino. Una playa de aguas artificialmente sosegadas y un bosque al fondo. Un lienzo sencillito. Azul, amarillo y verde. De producción industrial, me figuré. Abrí el cajón de la mesita de noche y saqué la Colt del cuarenta y cinco de mi padre. Lo único que me dejó cuando murió. El rugoso mango estaba frío. El cañón de metal aún más. De alguna manera, sentí curiosidad por conocer el sabor de la pólvora quemada y paseé la boca del cañón por mis labios. Sabía ácido, avinagrado. Me manché de unas finas líneas negras; su olor viciaba. Miré al lienzo, saboreando el polvillo negro, y sin haber reparado

antes en ello me percaté de algo: detestaba la calma de la pintura. No existen mares de líneas planas. El pintor mentía. Levanté el arma y apunté al azul de las aguas. Por un instante, sostener el arma me hizo recordar el alborozo que sentí cuando mi madre me compró mi primera pelota. Las posibilidades con aquel balón de pobre factura eran infinitas. Así como un balón quieto me pedía un chute, la pistola me susurraba que jalase aquel gatillo. Disparé, provocando un agujero en la pared tan profundo que la bala alcanzó el otro extremo del apartamento. El cuadro se descolgó de sus amarres y cayó al suelo, quebrando su cristal. No iba a limpiarlo. Me tumbé en la cama y decidí que mi existencia era cosa de la simple inercia. Que ponerle fin solo debía ser cometido mío. Y sonreí.

Esa mañana, desperté con las ideas de putrefacción y aburrimiento que mencioné. Pero fue diferente. Estaba ansioso. Me abroche mi gabardina e introduje la pistola en un bolsillo. Iba a hacerlo en un puente. Morder el cañón, disparar y caer al agua. Nadie me encontraría. Mi paso por el mundo sería como las pisadas de un felino que acecha. Lento y discreto. Ni penas ni glorias. Bajé las escaleras por última vez y allí estaban. La gitana y su séquito. Cuatro mujeres de la misma etnia con hojas de romero en sus manos. Proferían voces y burlas a todo valiente que rechazaba amablemente el trueque. Intenté escabullirme tapándome la cara con la gabardina para evitar contacto visual. Necesitaba llegar a aquel puente. Aun así, me cazaron. Comenzaron a llamar mi atención cuando pasé a su lado, pero ni siquiera alcé la vista para mirarlas. Caminé y caminé, rechazando cualquier intercambio de palabras. Para mi irónica sorpresa, aquellas injuriosas mujeres se sintieron ofendidas por mi indiferencia y me persiguieron, insulto tras insulto. El colmo de la educación es ofenderse tras ofender, supongo. Algo irritante, sin duda. Se cansaron de mí tras varios minutos. Crucé la esquina y me detuve. Esas mujeres aseguraban que las hojas de romero atraían la buena ventura. Quizás la necesitase allá donde iba. Nunca tuve mucha en esta vida. Me dirigí hacia ellas y les rogué su mejor hoja. La matriarca, la perpetua, se acercó a mí en un silencio místico y me entregó la que guardaba en su bolsillo, con la consigna de no oler su aroma hasta estar bien alejado. Según ella, era mal fario olerla delante de quien te la había regalado. Así lo hice, pagué con la reglamentaria moneda y me alejé agradeciendo. Cuando crucé la esquina la saqué de mi bolsillo y la acerqué a mi nariz. Oía a orín. Un olor tan fuerte y nauseabundo que me produjo un ataque de tos. Me quedé en blanco, timado, estúpido, pero mi cuerpo hizo lo que tenía que hacer. Volví sobre mis pasos, doblé de nuevo la esquina y las vi. Estaban de espaldas. Saqué la pistola de mi bolsillo y apunté mientras caminaba. La gente gritaba. Unos corrían, otros permanecieron clavados al suelo. Los gritos alarmaron a las cinco mujeres que reían ajenas a mi fuego. Me miraron y disparé. No una, sino cinco veces. Una bala para cada mujer. Una en el costado, otra en el pecho, a otra, la más lista, la que intentó huir, le acerté en el hombro, a otra en el riñón y a la última en el estómago. La última bala era para mí. Introduje el cañón en mi boca

hasta que me rozó el paladar y apreté el gatillo.

“La maté porque era mía”, dicen unos o “la maté porque no era mía”, cuentan otros. No, las maté por una hoja de romero. Las maté porque podía. Cualquiera podría haber corrido la suerte de mis balas. Vendedores de biblias, conductores impacientes. No busquen un razonamiento. No fue un acto de lógica. Fue un acto de emociones. Y, por primera vez, sentí.